

RESEÑAS

Joseph S. Nye, Jr., *Is the American Century Over?*, Malden, Polity Press, 2015, 146 pp.

La pregunta que plantea Joseph Nye, ¿se acabó el siglo estadounidense?, no es nueva; ha permeado el imaginario estadounidense desde, según el autor, la fundación del país. El autor responde con un contundente “no”, pero matiza su respuesta hacia el final del libro: “el siglo estadounidense continuará en términos de la centralidad de Estados Unidos en el equilibrio de poder y de su liderazgo en la producción de bienes públicos, pero será diferente a la forma que ha tomado desde la segunda mitad del siglo pasado” (p. 112). Nye plantea que el declive de un país puede estudiarse desde dos enfoques, declive absoluto (“deterioro interno”) y relativo (“disminución del poder externo relativo”, p. 20). En un principio, la idea del declive estadounidense implicaba no cumplir expectativas internas o el deterioro moral y político, pero después de la Segunda Guerra Mundial se identificaba con ser rebasado por algún rival. Actualmente, la crisis económica y financiera y el surgimiento de “rivales”, especialmente China, hicieron que la pregunta sobre el declive relativo de Estados Unidos ganara popularidad nuevamente.

En *Is the American Century Over?*, Nye escribe un ensayo de 127 páginas –donde resume varios de los argumentos que ha propuesto durante su carrera académica– defendiendo la primacía en recursos de poder de Estados Unidos y su papel central en el equilibrio de poder global entre Estados (p. 14). El autor divide su ensayo en siete capítulos. En el primer capítulo, Nye se embarca en dos debates: ¿el orden internacional es jerárquico y liderado por Estados Unidos o no existe un orden internacional y hay, más bien, un grupo de Estados afines? ¿El orden internacional se man-

tendrá estable a pesar del declive de Estados Unidos, debido a que se basa en un “imperio por invitación” institucionalizado (de acuerdo a Geir Lundestad), o veremos una arquitectura basada en regionalismos y narrativas múltiples (un “cine de salas múltiples”, según Amitav Acharya)? Para responder a estas preguntas, el autor define poder como “la habilidad de afectar a otros para obtener los resultados que uno quiere” y plantea que se puede lograr este objetivo por medio de la coerción, pagos (poder duro) o persuasión y atracción (poder suave, p. 3); nos recuerda, además, que no sólo debemos ver los recursos de un país, sino también la capacidad de conversión de poder. Con esta definición en mente, Nye descarta usar el término hegemonía por su ambigüedad,¹ y utiliza los conceptos de primacía y preeminencia, en cuanto reflejan que Estados Unidos posee más recursos de poder (medibles). El autor rastrea el inicio del “siglo estadounidense” a 1945, cuando el país se convirtió en un poder hegemónico en términos económicos y en un elemento central de equilibrio de poder, pero nos recuerda que incluso a partir de entonces Washington algunas veces ha fallado en términos de conversión de poder.

Nye empieza analizando el declive relativo de Estados Unidos, y ubica seis posibles competidores (Europa, Japón, Rusia, la India, Brasil y China). El autor argumenta que inclusive si Estados Unidos no enfrenta un declive absoluto, el siglo estadounidense podría terminarse simplemente por la emergencia de otros países. Explica que si bien ningún país por sí mismo superará a Washington, las alianzas entre los países emergentes podrían erosionar la preeminencia estadounidense y su capacidad para mantener el orden internacional (p. 23). Nye estudia los primeros cinco posibles competidores en un capítulo –China merece, de acuerdo al autor, un capítulo completo–; y si bien trata de explicar el potencial y los problemas internos de cada caso, pareciera que promoviera una agenda liberal (democracia y libre mercado

¹ “El término ‘hegemonía’ es un concepto demasiado impreciso como para describir ‘el siglo estadounidense’. Algunas veces significa tener preponderancia de recursos de poder, algunas veces el comportamiento de establecer las reglas para otros y algunas veces la capacidad de obtener los resultados deseados”, p. 12.

específicamente) como soluciones a los obstáculos que cada país enfrenta.

El primer caso es Europa. El autor vaticina que si bien el continente en agregado posee recursos de poder suficientes para competir con Estados Unidos, es incierto si la Unión Europea desarrollará la cohesión política, social y cultural necesaria para actuar unificadamente; incluso si la Unión superara divisiones, sus recursos equilibrarían a Estados Unidos, pero no igualarían al poder hegemónico. Nye explica que Japón es el caso perfecto para ejemplificar los peligros de usar proyecciones lineales basadas en tasas de crecimiento económico, pues en la década de 1980 se aseguraba que Japón rebasaría a Estados Unidos (como ahora se predice con China). El autor asegura que Japón difícilmente se convertirá en un opositor global al orden estadounidense, pero si se aliase con China podría generar una coalición poderosa —escenario improbable debido a disputas territoriales, visiones regionales e internacionales diferentes, y resentimientos mutuos. Para Nye, el hecho de que Estados Unidos mantenga alianzas sólidas y estables con Europa y Japón aumenta la posición neta del poder estadounidense.

Rusia, la India y Brasil tienen recursos de poder suficientes para pedir una modificación del orden internacional, pero sus problemas internos y los retos de lograr su emergencia evitarán que se conviertan en adversarios de Estados Unidos. Para Nye, Rusia es un “poder en declive”,² con recursos humanos y áreas económicas con potencial; comparándola con otros “poderes en declive” (los imperios otomano y austrohúngaro en 1914), Nye considera que Rusia podría ser altamente disruptiva en el sistema internacional —un actor que busque modificar el *statu quo* e instigue a otros poderes revisionistas a buscar eliminar, al menos retóricamente, la preeminencia estadounidense—, pero no tiene los recursos para equilibrar a Estados Unidos, mucho menos para poner fin al siglo estadounidense. La India y Brasil, a pesar de tener recursos de poder considerables (en especial en términos de población, terri-

² “Una ‘economía de sólo un grano’ con instituciones corruptas y problemas demográficos y de salud insuperables”, p. 34.

torio y capacidad nuclear en el caso del país asiático), enfrentan problemas internos que evitarán que se convierta en un rival global. El deseo de contrarrestar la ideología y diplomacia estadounidense podría propiciar la cooperación entre estos tres países y China, pero varios obstáculos impiden que se concreten alianzas, especialmente diferencias de política interna y divergencias en política exterior y regional —la India, por ejemplo, tiende a equilibrar a China en el escenario regional en lugar de aliarse con ella.

Nye argumenta que “la emergencia de China es una etiqueta equivocada; recuperación es una más adecuada” (p. 48). Desde la década de 1990 la opinión pública estadounidense piensa que China será el mayor reto para el estatus estadounidense en el siglo veintiuno (p. 46) debido a su creciente capacidad económica y comercial (aunque no ha mejorado al mismo ritmo en términos de sofisticación). Contrario a estas ideas, Nye asegura que China ha concentrado sus recursos en asegurar su emergencia, más que en enfrentarse con Estados Unidos o en convertirse en un poder global, pues tiene que lidiar con problemas internos económicos, institucionales (como poner atención a las demandas de la creciente clase media), de minorías étnicas y demográficas. Estos retos hacen que “nadie, incluidos los líderes chinos, sepan cómo evolucionará el futuro político de China y cómo afectará su crecimiento económico” (p. 55). Así, China no ha logrado traducir sus capacidades en proyección de fuerza global; en todo caso centraliza su atención en su región inmediata.³ Nye concluye el capítulo sobre China argumentando que el país se ha beneficiado del sistema liberal y de sus instituciones, por lo que no buscará cambiarlo, sólo modificarlo de forma gradual para evitar políticas de equilibrio u oposición, especialmente en su región (pp. 69 y 70).

En el capítulo cinco, Nye analiza el supuesto declive absoluto de Estados Unidos, estudiando especialmente las analogías que

³ China ha buscado proyectar sus capacidades en otras regiones, en especial en términos de ayuda para el desarrollo e inversiones en infraestructura, pero sus esfuerzos sólo le han retribuido apoyo en África y América Latina, donde las opiniones sobre el país son positivas, pero no en Estados Unidos, Europa, la India y Japón (p. 60).

comparan al país norteamericano con el imperio romano. La pregunta que guía esta sección es si Washington perderá capacidad para influir el sistema internacional como resultado de batallas internas sobre cultura, el colapso institucional y el estancamiento económico. El autor responde que la cultura estadounidense tiene puntos de debate, pero son problemas que pueden resolverse y que mueven menor crispación que temas en años anteriores; existen problemas sociales, pero se organizan políticas públicas para intentar resolverlos; hay crisis económicas que reducen los niveles de productividad, pero la economía estadounidense mantiene un alto grado de innovación, investigación y emprendimiento. Los problemas más apremiantes son desigualdad, problemas en educación básica y, principalmente, la parálisis institucional. A pesar de que los partidos políticos estadounidenses aumentan su grado de ideologización y la opinión pública confía cada vez menos en la capacidad de los políticos para celebrar acuerdos, pocas personas creen que el sistema democrático esté podrido y necesite cambiarse. Si bien se pueden identificar puntos de tensión internos, éstos no crean un declive absoluto que señalen claramente cuándo terminará el siglo estadounidense.

En la penúltima sección, Nye complementa su análisis de la transición del poder con un estudio sobre la difusión del poder de gobiernos a actores no estatales como resultado de la revolución en información (escribiendo escasas dieciocho páginas sobre el tema), y se muestra altamente optimista sobre las capacidades de adaptación estadounidense, sin justificar sus percepciones. Mientras que la transición trae nuevos actores al debate, la difusión introduce nuevos temas en la agenda al mismo tiempo que debilita la habilidad de respuesta gubernamental, aumentando así la complejidad del orden internacional. En este sentido, las jerarquías tradicionales del sistema internacional tendrán que convivir con una creciente agrupación de redes informales, fenómeno al que Estados Unidos podrá acoplarse, según Nye, debido a su “cultura de apertura e innovación” (p. 96). En este contexto, además, Estados Unidos será un actor necesario para “galvanizar instituciones y organizar redes” que permitan “conseguir que todos participen y conseguir acciones” (p. 100). Así, el liderazgo estadounidense será

esencial para producir bienes públicos globales; pero si el siglo estadounidense continuará, Estados Unidos debe pensar más allá de ejercer poder *sobre* otros y buscar formas de lograr metas compartidas *con* otros (p. 112). La revolución en información ha aumentado la velocidad de comunicación y reducido los costos de transmitir información, con lo cual actores no estatales podrían aumentar su importancia en política mundial; sin embargo, la revolución afectará todo tipo de control, no sólo el gubernamental. Nye argumenta que esta revolución ayuda más a los actores grandes y poderosos, especialmente a los Estados, pero mayor capacidad y conectividad también aumenta la vulnerabilidad.

Finalmente, en la séptima sección, Nye concluye argumentando que el principal problema para Estados Unidos en el siglo veintiuno será un problema clásico en la política exterior estadounidense: su ineficiencia en conversión de poder, en especial en una época donde el país ha pasado de políticas “maximalistas” a “reduccionistas” (según Stephen Sestanovich, p. 118). El autor propone que los diseñadores de la política exterior estadounidense busquen crear un sistema de “asociaciones múltiples” en lugar de uno multipolar, siguiendo el concepto de la ex secretaria de Estado Hillary Clinton (p. 126) –alusión que podría ser sospechosa debido al contexto electoral estadounidense–, en el cual Washington debería buscar contener amenazas en lugar de tratar de ocupar y controlar, superar la parálisis institucional y garantizar el liderazgo estadounidense para rediseñar el orden internacional y crear incentivos para que otros actores compartan los costos del liderazgo (p. 125).

JOSÉ LUIS RODRÍGUEZ AQUINO

Pippa Norris, *Making Democratic Governance Work: How Regimes Shape Prosperity, Welfare and Peace*, Nueva York, Cambridge University Press, 2012, 281 pp.

Poco consenso se ha alcanzado respecto a los beneficios y efectos prácticos que la gobernanza democrática tiene en el desarrollo de

las naciones. Dentro de este debate se sitúa el trabajo de Norris. Si bien su aportación no es innovadora en términos teóricos, sí logra conjuntar de manera novedosa las –aparentemente– corrientes contrapuestas bajo la teoría conjunta. Así pues, partiendo de la cuestión sobre qué efecto tienen los regímenes en la prosperidad económica, el desarrollo humano y el dividendo de paz (p. 3), la propuesta central del libro es simple: para desarrollar de forma óptima estos tres indicadores de la seguridad humana es necesario, aunque no suficiente, promover el desarrollo simultáneo de instituciones democráticas y capacidades estatales (p. 39).

El libro se divide en dos partes, sin contar introducción y conclusión. Primero se plantea el marco teórico y metodológico por medio del cual se seleccionan los casos por estudiar; después se elabora un análisis de métodos mixtos –en el que se utilizan pruebas de muestra grande y muestra pequeña, con el fin de reducir las desventajas de cada una– sobre el efecto que el tipo de régimen tiene en las tres variables principales: prosperidad, bienestar y paz.

El libro presenta tres corrientes actuales que tratan de explicar el papel de los regímenes en el desarrollo de las naciones: la estructuralista, la promotora de la democracia y la estatista. Tras valorarlas, la autora termina por reducir cada una a sus conceptos esenciales, para incorporarlas en el modelo de la teoría conjunta.

La primera corriente postula que el efecto de la democracia sobre la seguridad humana es mínimo, dado que, según la teoría de la modernización, el tipo de régimen es producto de las condiciones estructurales de cada sociedad.¹ El desarrollo de las naciones se debe a factores fijos o de larga duración, como las regiones geográficas, tradiciones culturales o a distancias de los mercados internacionales.

La segunda corriente argumenta que se obtendrá mayor progreso si se fomenta el desarrollo de las instituciones democráticas por medio de elecciones multipartidistas regulares, que favorezcan la responsabilidad de los funcionarios públicos (Meltzer y Ri-

¹ Véase Seymour Martin Lipset, *Political Man*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1981, pp. 1-24.

chard). Se arguye que también es necesario establecer marcos de control sólidos que incluyan frenos y contrapesos constitucionales. Además, en sociedades con fricciones internas, es necesario establecer sistemas que favorezcan el consenso y la distribución de poder entre las distintas fuerzas políticas, para ayudar a aliviar las tensiones sociales (Lijphart).

Según, la tercera corriente, el establecimiento prematuro de instituciones democráticas –por ejemplo, elecciones multipartidistas– en nuevos regímenes democráticos puede provocar desestabilidad social, crear conflictos internos y debilitar la capacidad estatal (Huntington). Por esto se propone, en concordancia con las nuevas ideas del Banco Mundial, fomentar primero la “buena gobernanza” mediante el imperio de la ley, para asegurar la propiedad privada y promover las inversiones extranjeras y desarrollar burocracias modernas eficientes en los términos weberianos.

Según Norris, una de las causas por las cuales no se han alcanzado resultados concluyentes sobre los efectos de la gobernanza democrática es la falta de constancia en las mediciones entre los estudios de las diferentes corrientes y disciplinas (pp. 34-35). Para resolver este problema, la autora elabora una cuarta teoría que incluye elementos de las tres corrientes mencionadas arriba por medio de una tipología propia con la cual clasifica a los regímenes –marco básico para gobernar la nación-Estado dentro de sus límites territoriales, de acuerdo con la concepción eastoniana²– según su capacidad estatal y nivel de liberalismo democrático.

Para construir el primer concepto de la tipología, Norris recurre a la teoría weberiana de tipos puros y divide a los Estados modernos en regímenes burocráticos o clientelares;³ y toma como fuente las bases de datos del Instituto del Banco Mundial y el Political Risk Service Group. Para fundamentar la construcción del tipo democrático utiliza los conceptos de liberalismo con los que

² Para la concepción del sistema político entero, véase David Easton, “An Approach to the Analysis of Political Systems”, *World Politics*, 9, 1957, pp. 383-400.

³ Para las características específicas de las burocracias modernas, véase Max Weber, “Politics as a Vocation”, en H. H. Gerth y C. Wright Mills (eds.), *From Max Weber: Essays in Sociology*, Londres, Routledge, 1991, pp. 77-129.

R. Dahl estudia las poliarquías.⁴ Dicha clasificación se basa en características esencialmente procedimentales que se concentran en la evaluación del proceso y las instituciones centradas en la toma de decisiones (p. 52), por lo que utiliza las bases de datos de Polity IV y Freedom House.

Al aplicar estas categorías presenta la siguiente tipología (p. 39):

| <i>Democracia liberal</i> | | |
|---------------------------|--------------------------|--------------------------|
| Gobernanza | Autocracias burocráticas | Democracias burocráticas |
| | (Desempeño mixto) | (Mejor desempeño) |
| | Autocracias clientelares | Democracias clientelares |
| | (Peor desempeño) | (Desempeño mixto) |

Aquí, según la hipótesis de la teoría conjunta, las democracias burocráticas tendrían el mejor desempeño, las autocracias burocráticas y las democracias clientelares tendrían desempeños variados dependiendo de los factores estructurales y las autocracias obtendrían el peor desempeño.

Una vez establecida la tipología de los regímenes, Norris evalúa el efecto de la gobernanza y el de la democracia sobre cada variable mediante estudios de panel longitudinales a nivel global con aproximadamente doscientos países. Los estudios comienzan a partir de la década de 1970 y tienen longitudes de aproximadamente 32 años, según la disponibilidad de datos (p. 16). Los indicadores del régimen y los efectos en la variable dependiente se compararon con retraso de un año para reducir los efectos de la posible endogeneidad y causalidad recíproca entre las variables;⁵ asimismo, con fundamento en la corriente estructuralista, incluye

⁴ Las características liberal democráticas de las poliarquías en Robert A. Dahl, *Polyarchy: Participation and Opposition*, New Haven-Londres, Yale University Press, 1971, pp. 13-25.

⁵ Este podría ser el caso que se presenta contrariamente en la tesis clásica de Seymour Lipset, donde las democracias se dan más favorablemente después de cierto desarrollo económico y no a la inversa, como es la propuesta de Norris. Véase Seymour Martin Lipset, "Some Social Requisites of Democracy: Economic Development and Political Legitimacy", *The American Political Science Review*, 1, 1959, pp. 69-105.

variables de control de tipo económico, geográfico, social, cultural y tendencias globales.

Paralelamente, en cada variable también realiza estudios de casos comparados entre dos sociedades con condiciones estructurales semejantes, pero con regímenes divergentes, para dar más precisión al proceso mediante el cual las variables independientes afectan en los distintos escenarios. Ejemplos de esto son las comparaciones entre Haití y la República Dominicana en la prosperidad económica o de Botsuana y Zambia respecto a su desarrollo humano. Los resultados obtenidos en todas las pruebas comprueban cómo la democracia liberal y la gobernanza son teórica y empíricamente distintas.

En el capítulo final, la autora analiza los datos obtenidos en todas las pruebas; la evidencia apunta fuertemente en la dirección de lo propuesto por la teoría conjunta. Cuando se analizan simultáneamente democracia liberal y capacidad estatal, ambas emergen como factores significativos del crecimiento económico (p. 189). De la misma forma, las dos variables parecen tener efecto positivo en el desarrollo humano, particularmente en ciertos aspectos como longevidad, igualdad de género en la educación, acceso a la educación secundaria y mortalidad infantil (p. 191). Por último, la gobernanza burocrática resulta un factor importante en amortiguación de los conflictos internos, aunque la democracia no parece ser significativa, con la excepción de los casos en que instituciones que distribuyan el poder estén presentes, lo cual parece confirmar la tesis de Lijphart.

Esta investigación resulta valiosa por varios motivos. Por un lado, la teoría conjunta, más que presentar una alternativa al debate actual sobre el efecto de los regímenes en el desarrollo humano, demuestra cómo las corrientes actuales no son excluyentes, y que unificarlas de manera más profunda podría resultar valioso. Por otro, como Norris expone en las últimas páginas, el apoyo a los sistemas de gobierno democráticos se ha vuelto generalizado a nivel global, según la encuesta World Values Survey (pp. 193-195); no obstante, lo que se entiende por democracia varía entre los entrevistados. Es cierto que en las naciones tradicionalmente democráticas generalmente se identifican los valores clásicos liberales

con el concepto de democracia. Sin embargo, principalmente en países donde no gobiernan regímenes democráticos, muchos de los valores que se identificaron con la democracia giraron en torno a la calidad de vida y el desarrollo económico. En este aspecto Norris hace su aportación más notable. La democracia cuenta con fuertes fundamentos éticos y morales; empero, respecto a sus beneficios prácticos, el debate sigue abierto y gira particularmente en un plano teórico. La teoría conjunta se fundamenta en elementos teóricos previos, pero, lo más importante, presenta sólidos datos empíricos mundiales en favor de la democracia.

Sin embargo, hay que recordar que, si bien el objetivo de esta investigación era comprobar el efecto de los regímenes en el desarrollo humano, el interés de Norris gira en torno a cómo deben actuar los agentes internacionales respecto a la ayuda que otorgan las nuevas naciones. En este aspecto la teoría unificadora tiene ciertas deficiencias. A pesar de que desde los primeros capítulos Norris advierte que la teoría unificadora no es la receta absoluta que presente los pasos a seguir para conseguir desarrollo óptimo en todos los casos, y aun si se considera el fácil manejo que presenta de enormes cantidades de datos, lo cierto es que el libro avanza poco en torno a cómo debe procederse para mejorar el crecimiento económico, el desarrollo humano o el dividendo de paz en casos específicos.

Parte de la conclusión central es que en cada situación debe analizarse el sistema en cuestión y favorecer sus necesidades específicas. Sumado a esto, dada la limitación de los recursos (como se plantea claramente en la introducción del libro), las agencias tanto internacionales como locales no pueden asignar recursos suficientes que impulsen, al mismo tiempo y de manera óptima, la democracia y la capacidad estatal. ¿Debe entonces preferirse invertir en ambos insuficientemente o depende de cada caso? Esta incertidumbre respecto a los casos particulares reduce el valor de la teoría conjunta para los planeadores de políticas públicas, pues resulta de poca ayuda, en el mejor de los casos.

Y, en este mismo aspecto, Norris parece dejar de lado una cuestión fundamental: la democracia se ve afectada por la capacidad estatal. A lo largo del trabajo estas dos variables se tratan como

independientes y se analizan sus efectos en el desarrollo humano; pero, como ya ha mencionado Tilly,⁶ el nivel de democracia y las transiciones exitosas hacia ésta, en regímenes jóvenes (que, cabe recordar, es uno de los intereses detrás de este libro), dependen tanto de la capacidad estatal cuanto de la extensión en que se protege la consulta ciudadana.⁷ Si bien Norris menciona que existe cierta tensión entre democracia y capacidad estatal haciendo referencia a Tilly (p. 10), el debate queda sin ser trabajado a profundidad.

No obstante, más allá de estas limitaciones, *Making Democratic Governance Work* es un trabajo académico sumamente interesante con estructura clara y fácil de seguir. El amplio manejo de teorías políticas y distintas metodologías resulta una valiosa adición en términos de aprendizaje para cualquiera que esté interesado en los temas de democracia y gobernanza, mientras se tengan ciertos conocimientos de procedimientos cuantitativos. En suma, se trata de una excelente contribución al campo académico de las ciencias sociales.

FIACRO JIMÉNEZ RAMÍREZ

Lawrence Freedman, *Strategy: A History*, Nueva York, Oxford University Press, 2013, 751 pp.

Napoleón Bonaparte siempre tuvo una estrategia lista contra sus adversarios; Rusia no fue excepción, a pesar del fracaso. Habiendo ganado ya muchas batallas, Napoleón tenía claras ciertas técnicas que ponían a su ejército en ventaja. Sabía, por ejemplo,

⁶ Para la relación entre capacidad estatal y el proceso de democratización véase Charles Tilly, "Processes and Mechanisms of Democratization", *Sociological Theory*, 18, 2000, pp. 1-16.

⁷ Definida como "el grado en que los participantes políticos ejercen control colectivo vinculante sobre agentes gubernamentales, recursos y actividades" en Charles Tilly, "Inequality, Democratization, and De-Democratization", *Sociological Theory*, 21, 2003, p. 38.

que siempre se debe ser discreto, de forma que el contrario no sepa lo que se planea ni cuál será el siguiente paso; también, que es útil encontrar un punto en el campo de batalla donde poder agrupar y concentrar todas las fuerzas para ir ganando superioridad y, finalmente, atacar. Una vez hecho esto, podría negociar los términos de paz a su conveniencia. Para que este plan tuviera éxito, en este caso particular, había que pelear la batalla en la frontera.

Del lado ruso no faltó la estrategia; se sabía lo que Napoleón más quería, para lo que estaba preparado, pero no conseguiría. Cediendo espacio a cambio de tiempo, las fuerzas rusas se replegaron, ganando fuerza conforme se acercaban más a sus puntos de suministro y alejaban al ejército francés del suyo. Transcurrido el tiempo y después de una batalla, las fuerzas francesas se encontraban débiles, pues, aun habiendo causado más daño el ejército de Napoleón, un país grande y con tanta población como Rusia absorbía las bajas sin mayor problema. Sabiendo ésto, Mijaíl Kutúzov, general ruso, incitó a la *Grand Armée* a seguir en busca de su victoria en Moscú. Desesperado por vencer, el ejército francés cayó en la trampa y, tras destruir dos tercios de Moscú, se dio cuenta de que los rusos no tenían intenciones de luchar otra batalla ni de firmar un acuerdo, por lo que se vio varado. Sin posibilidad de sobrevivir al hambre y al frío, el ejército de Napoleón tuvo que regresar a Francia sin haber obtenido su victoria.

Así pues hay veces en las que hasta las mejores y más probadas estrategias también fallan, pues están planteadas considerando que el adversario actuará de una manera esperada. El problema está cuando no todo resulta de esa forma, cuando el cambio de circunstancias no estaba contemplado y terminan cambiando todo el panorama inicial.

Para Lawrence Freedman, la estrategia se define “as the art of creating power, a difficult art to master”.¹ Además, “is not simply a matter of organized violence, or coercion, but is intimately bound up with intuition, deliberation and persuasion. Rationality, there-

¹ [...] Como el arte de crear poder, un arte que además es difícil de dominar.

fore, is not enough”;² la estrategia es más que una cualidad bélica, es un concepto más profundo, una idea cuyos métodos y aplicaciones se han perfeccionado desde los griegos. En sociedad, constantemente recurrimos al uso de estrategias que nos permiten resolver problemas.

Freedman expone la evolución de la estrategia dentro del mundo occidental, así como su relación con los ámbitos que rigen la interacción humana; narra la historia de algunas de las más grandes teorías estratégicas y de la discordancia entre éstas y la práctica, pues no siempre se aplican de la misma forma. En la teoría, la estrategia termina cuando se obtiene el objetivo deseado; en la práctica, este objetivo rara vez se alcanza. Por ejemplo, cuando se gana una guerra, una elección, o se termina una revolución debe haber un plan posterior, pues no todo queda solucionado con llegar a ese punto específico.

El autor señala los “eventos decisivos”, parteaguas o puntos de inflexión, que dan lugar a un cambio radical en cada uno de los ámbitos que se tratan en el libro. Concentrándonos en el tema que nos atañe, es decir la política, el hecho decisivo que tomaremos en consideración es la revolución. Según describe Theda Skocpol en su libro *States and Social Revolutions: A Comparative Analysis of France, Russia, and China*, las revoluciones sociales son transformaciones rápidas y fundamentales para una sociedad y su estructura de clases; estos movimientos inician como revueltas y se llevan a cabo por la participación de las clases sociales, inician desde abajo y triunfan debido a la incapacidad del Estado para ejercer el monopolio de la violencia. El autor centra su estudio en la forma que estos actos decisivos fueron frustrados por las élites gobernantes.

El engaño es una parte importante en el uso de estrategias, mediante el lenguaje y la comunicación. El arte de hablar bien convence a la audiencia de que lo que se dice es cierto, aun cuando no lo sea, de manera que el dominio de la retórica es esencial para persuadir a las masas.

² [...] No es simplemente una cuestión de violencia organizada, o coerción, sino que está íntimamente ligada a la intuición, la deliberación y la persuasión. La racionalidad, por lo tanto, no es suficiente.

Para Freedman, los individuos que pretendían reprimir los impulsos revolucionarios del siglo XIX, que surgieron en Europa a partir de la Revolución Francesa, recurrieron primero a la manipulación de la opinión pública, para moldear el pensamiento colectivo, que apoyaba la sublevación contra los regímenes existentes, conque se reprimió el conflicto latente. Luego, a falta de exigencias populares, los estadistas hicieron uso de la persuasión, animando a la gente para que trabajara en los centros urbanos, que poco a poco empezaron a industrializarse, exaltando el patriotismo, la lealtad a los gobiernos poco democráticos, creando así una falsa conciencia, algo que Steven Luckes describiría como la manifestación “bidimensional” y “tridimensional” del poder. Haciendo uso de los discursos políticos, se modificó la percepción que la gente tenía sobre la realidad, de manera que no hubo reacción contra la explotación y la opresión que se ejerció sobre la población civil. Gran parte del proletariado tuvo que subordinarse ante la voluntad de las élites.

El comportamiento a base de estrategias ocurre también en la naturaleza. Freedman toma como ejemplo a los chimpancés, que usan la violencia como un recurso de última instancia. La capacidad de perdonar y sublevarse muestra la cualidad que poseen estos animales de pensar y razonar para evitar el conflicto en la mayor medida posible. Cabe mencionar que en las sociedades humanas, la formación de alianzas es fundamental para el éxito de estrategias. Barrington Moore explica, en su obra *Los orígenes sociales de la dictadura y de la democracia*, que las coaliciones entre clases sociales son el pilar sobre el que se sostienen diferentes tipos de gobierno; incluso determinan las posibles revoluciones que pueden llevarse a cabo dentro de una nación (la rivalidad entre burguesía y aristocracia da lugar a la democracia; en cambio, la coalición entre estos dos estratos conduce al fascismo; la revolución campesina contra las clases urbanas conduce a la dictadura de izquierda, es decir el comunismo). Por lo tanto, van a influir en el desarrollo de los Estados; los líderes que saben cómo y con quién hacer alianzas tendrán mayor posibilidad de triunfar a pesar del cambio de las circunstancias.

Para concluir, Freedman propone que, aunque es importante delimitar los objetivos y trabajar para alcanzarlos, al elaborar una estrategia se debe tener precaución, porque no hay que pensar en un único objetivo final. La estrategia tiene como meta hacer que el individuo esté en una mejor posición a la que estaría sin el uso de ésta, considerando que las circunstancias pueden y, casi a ciencia cierta, van a cambiar. En casi todos los aspectos de la vida, es difícil pensar en una situación que tenga final concreto; no hay un resultado al que se pueda llegar sin que haya continuidad después. Por esta razón, el autor dice que, contrariamente a lo que proponen varios autores, la estrategia no se detiene; una vez alcanzada la meta hay otra situación que requiere nuevas estrategias, hacer consideraciones con el nuevo panorama y esto continúa según se avanza y surgen o desaparecen posibilidades.

Considerando lo expuesto, podemos concluir que a pesar de que los ejemplos empíricos son importantes en un libro de este tipo –pues dan sustento a las hipótesis del autor–, hay que tener cuidado de que no opaquen el objetivo principal; en la obra reseñada casi sucede. Freedman hace uso de su vasto conocimiento anecdótico para describir rasgo por rasgo lo que forma el concepto de estrategia, por lo que su obra se puede considerar, como se dice en economía, positiva, más que normativa. Esta recopilación nos muestra que las leyes naturales siguen intactas en nuestra sociedad; es importante conocerlas si queremos sobrevivir al invierno ruso, que derrotó a Napoleón.

AMAYA MARÍA GUTIÉRREZ CAÑAL
y MIGUEL ÁNGEL ZAVALETA FUENTES